

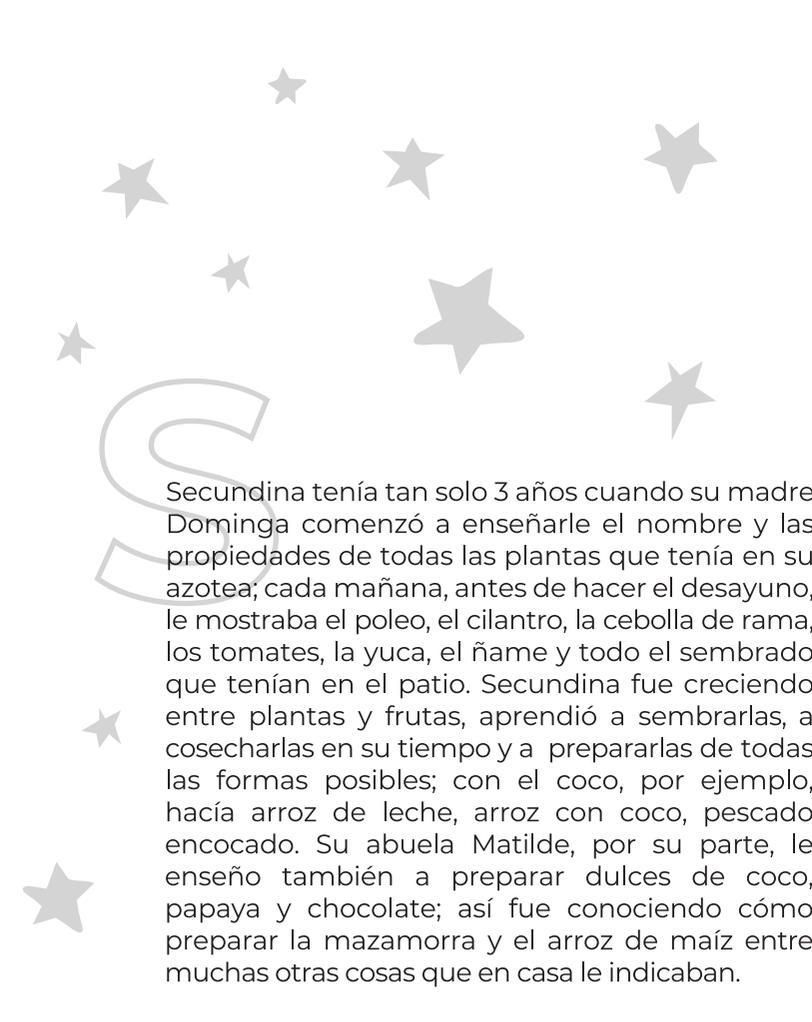
CUENTO

EL RENACER

DE LA FINCA DE SECUNDINA

Luzney Mosquera Moreno





Secundina tenía tan solo 3 años cuando su madre Dominga comenzó a enseñarle el nombre y las propiedades de todas las plantas que tenía en su azotea; cada mañana, antes de hacer el desayuno, le mostraba el poleo, el cilantro, la cebolla de rama, los tomates, la yuca, el ñame y todo el sembrado que tenían en el patio. Secundina fue creciendo entre plantas y frutas, aprendió a sembrarlas, a cosecharlas en su tiempo y a prepararlas de todas las formas posibles; con el coco, por ejemplo, hacía arroz de leche, arroz con coco, pescado encocado. Su abuela Matilde, por su parte, le enseñó también a preparar dulces de coco, papaya y chocolate; así fue conociendo cómo preparar la mazamorra y el arroz de maíz entre muchas otras cosas que en casa le indicaban.

Un día, ya con 15 años, Secundina asistió con su familia a las fiestas de su comunidad en la vereda La Esperanza: todos muy animados bailaban a ritmo de chirimía; las mujeres estaban vestidas de faldas anchas en color rojo y blusa amarilla, habían trenzado sus cabellos y coqueteaban a los hombres en cada paso que daban, mientras estos alardeaban entre sí sobre su habilidad para usar el hacha en el monte y sobre quién era más más rápido para tumbar los palos. Entre todos los asistentes entonaban versos y degustaban los diferentes platos que habían preparado las familias. Realmente todo era maravilloso y había un ambiente de fraternidad y hermandad en toda la comunidad.

Pero algo extraño comenzó a suceder en la vereda después de la llegada de un hombre llamado Fernando, quien tomó la vocería de la comunidad y se presentó como un hombre de negocios que los haría prosperar y mejoraría su calidad de vida; desafortunadamente esto nunca sucedió, por el contrario, los ríos cambiaron de color, las cosechas ya no eran las mismas, y la hermandad que existía entre todos, pronto se convirtió en una acalorada enemistad.

Estos acontecimientos hicieron que Secundina se preguntara seriamente si en su comunidad eran más ricos antes que ahora, pues se daba cuenta que ni el palo de madroño que había crecido a la orilla del río, ni el de caimitos, llegaban a florecer.

Dieciséis años tenía Secundina cuando vio como los familiares y amigos de su comunidad y que antes celebraban y festejaban bailando chirimía, ahora peleaban y se herían, por el hecho de que unos defendían a don Fernando, mientras otros estaban contra él.

Como consecuencia de esta dolorosa situación, una madrugada la madre de Secundina decidió irse de La Esperanza y junto a ella muchos otros; no soportaban más esa condición; fue así como llegó a la capital, que para ella realmente era un espacio donde se sentía sola y lejos de lo que realmente era ella. Allí debió buscar trabajo para poder cubrir los gastos que ahora le imponía la ciudad. Fue así como comenzó a trabajar en el restaurante *Doña Juana* como ayudante de cocina inicialmente, hasta que allí descubrieron sus conocimientos y habilidades en la preparación de comida, lo que le permitió convertirse en la cocinera principal del restaurante.

Con el paso de los años, Secundina comenzó a añorar su vereda natal, y un día decidió comunicarse con algunas personas que aún seguían viviendo en La Esperanza. A través de cartas, le comentaban que las cosas iban muy mal; que don Fernando había enfermado, y que la comida que le preparaban no le asentaba bien por los químicos que contenía; que el río que tanto disfrutaban se había secado; que las frutas de las que tanto gozó ella, ya ni su olor se sentía por esas tierras y que definitivamente toda la vegetación se había marchitado.

Secundina se puso triste y lloraba con mucho pesar escuchando todas estas malas noticias, pues el bello recuerdo que tenía de su infancia parecía estar cada vez más lejos de poderlo abrazar.

Como reacción ante esto que le habían contado, Secundina se trazó un plan: primero colocó una *azotea* en el andén de su casa y aprovechó que su madre visitaría la vereda durante las fiestas de fin de año y le encargó que por favor le trajera tierra de hormiga; que arrimara a algunas veredas

vecinas y recolectara semillas de poleo, de cilantro, de orégano, de albahaca y cuanta semilla se le facilitara llevarle.

Cuando su madre regresó y le entregó las semillas que buenamente le regalaron sus vecinos, ella las sembró en el lugar que les había preparado; con el tiempo empezaron a crecer. En esta visita, su madre le comentó que la situación que se vivía en la vereda realmente era muy seria y que el mismo don Fernando estaba convaleciente y muy preocupado.

Tiempo después, mientras preparaba un sancocho en el restaurante, vio con asombro el rostro familiar de una joven; se le acercó y le preguntó su nombre y de dónde era; entre *charla va y charla viene* supo que era María, la hija de don Fernando, con la que en su infancia jugaba a *cacao, la lleva y al escondite* en la plaza del pueblo. Esa tarde compartieron y recordaron muchas de sus bonitas experiencias vividas en la vereda La Esperanza. María también le confirmó que desde hacía algún tiempo la situación allá había cambiado mucho y que el pueblo estaba desolado y triste.

Con toda esta nueva información, Secundina continuó con sus planes; y aprovechando que María viajaba en avión desde la capital hasta su pueblo, decidió preparar un delicioso arroz de maíz con Guacuco, condimentarlo con las especias que ya habían crecido en su azotea, y mandárselo a don Fernando directamente.

Una vez recibida la encomienda, Don Fernando se comió esta suculenta, deliciosa y fresca comida, sin saber qué manos la habían preparado; su hija le informó que se la había enviado Secundina, con quien se había encontrado en la capital; también le comentó todo lo que a ella y su familia les había tocado vivir después de verse obligadas a irse de la vereda; tras escuchar esta historia, el viejo se compadeció de ellas.

Al comer esos platos, Don Fernando sintió mucha mejoría en su cuerpo y expresó su deseo de seguir probándolos; por eso de inmediato y casi que desesperadamente le escribió a Secundina rogándole que volviera a la vereda y que tomara el liderazgo de la gastronomía para que allí volvieran a comer sano y sabroso.

Al recibir estas novedades y sin pensarlo mucho, Secundina aprovechó para expresarle a don Fernando, que ella volvería bajo dos condiciones: la primera, que las otras personas de la comunidad regresaran, y la segunda, que le permitieran a ella una finca para sembrar y criar animalitos. Sin titubear, don Fernando aceptó la propuesta, y en menos de dos meses Secundina y todos los que habían salido de la vereda retornaron; el panorama que encontraron era realmente desolador.

Lo primero que hizo Secundina fue reunir a toda la comunidad para que arreglaran las diferencias, establecieron un *pacto de frutas*, por el que, quien había ofendido o lastimado a su vecino debía sembrar un palo frutal en el patio de éste, de modo que sus frutos serían disfrutados por todos. También organizaron jornadas de limpieza y de conservación del río y cuando menos pensaron el ambiente de la vereda ya había cambiado en su totalidad.

Finalmente, y gracias a los cuidados que se le dieron, la tierra se volvió más fértil y esto permitió organizar nuevamente el festival comunitario que desde hacía más de diez años habían dejado de celebrar.

Cuan bonita quedó la finca de Secundina, con gallinas, patos, pavos, con palos de madroño, marañón, guama, árbol del pan, coronilla, borjón, almirajó, chocolate, chontaduro, guanábana, caimito, papaya, banano, zapote, limón aguacate, arazá. Cada tiempo la comunidad se congregaba para festejar la vida; volvieron los bailes de chirimía, los concursos de gastronomía, alardeaban y coqueteaban de nuevo los hombres y las mujeres; renació la vereda de la Esperanza.

Don Fernando reconoció sus errores y se vinculó a la comunidad de manera activa, siempre disfrutó de los platos que preparó Secundina. Y colorín colorado la esperanza a la vereda ha regresado.

